

Los Libros

JUAN MARÍN, EL AVENTURERO: SUS "CUENTOS DE VIENTO Y AGUA"

Este hombre alto y definido, este poeta y psicoanalista, traductor, viajero inquieto y trotamundos, ha llegado con su recuerdo hasta Chile, cabalgando en dos exóticas estampillas de la India, donde ejerce sus labores diplomáticas. Dentro, unas palabras; dentro de las palabras, él, invariablemente aventurero y nostálgico, buceador tenaz del Oriente. No se olvida de su suelo ni de sus hombres ni de lo que aquí amó, soñó, planeó e hizo. Fué Chile su trampolín para la distancia, para infinitas distancias que él ha cubierto sin vanagloria, pero con sed de aventura; sed legítima de novelista y aviador, de analista de la mente humana, del misterio del otro mundo, de la realidad y la fantasía.

Pocas veces habíamos advertido mejor amalgamados ambos ingredientes, el del ensueño y el del realismo, que en las obras de Juan Marín. El lector camina de pronto por los más extraños vericuetos de la irrealidad como salta de súbito al más austero plano de la tierra. Realismo y poesía; ensueño y crudeza; imaginación ardiente y realismo exacto: pocas veces pueden dosificarse ambos planos en una medida que captive. Maestramente, Juan Marín moldea sus obras y las entrega al lector con una fuerza sobrecogedora; quienes atisbaron estas dotes en "El secreto del Dr. Baloux" y "Paralelo 53 Sur" o en "Orestes y yo" y "La muerte de Julián Aranda" lo confirmarán si

cogen en sus manos este último libro suyo, "Cuentos de viento y agua", que contiene catorce relatos. Es difícil seleccionar, porque unos y otros rivalizan en fuerza, en vuelo poético y en precisión narrativa. De pronto se cree estar leyendo a Somerset Maugham o Panait Istrati, o a Dickens, Gide, Blasco Ibáñez o Ivan Bunin, o a cualquier maestro de la novelística europea o rusa, sin que esto signifique comparación arbitraria, elogio pueril o influencia empuñadora. El "hacer recordar", así, en forma imprecisa, en lugar de denigrar, enaltece. El sentir el vuelo de otros relatos que guarda la mente porque entonces subyugaron, significa que quien despierta ese recuerdo, merece estar a la altura de lo recordado. Juan Marín recuerda a muchos maestros, pero a ninguno con precisión; el vuelo de su relato nos evoca otros magníficos, pero los contornos de los suyos pesen un halo inconfundible y su personalidad llega hasta el lector con singular y orgullosa sed de dominio: el autor se sabe él; los relatos se saben ellos.

No sabemos, mientras nos entregamos a la lectura de estos "Cuentos de viento y agua", qué nos atrae más en estos catorce fuertes relatos: si el extraordinaria humanismo que campea a través de ellos o la desatada violencia de una imaginación que no tiene tregua. Uno se pregunta cómo un hombre a quien no se le escapa, por la índole misma de su profesión, ningún término médico, puede nombrar con tanta precisión y fluidez los lugares más alejados de la tierra, los nombres precisos de los pintores de tal escuela, el término náutico exacto, la jerga arrabalera londinense precisa, el criollismo chileno fiel y la psicología magistralmente dosificada del marino, del aviador, del cientista y del vagabundo. Todo lo tiene a mano, pero esta precisión no es artificial, no da la más mínima impresión de lo calculado y buscado, sino que es la alquimia precisa del término exacto que acude sin llamarlo en el vuelo de la narración. Es un humanismo natural, incorporado a él, ya indestructible.

Al decir estas cosas no quisiéramos atropellar el sitio que corresponde al prologuista, Juan Felipe Toruño, que estuvo entre nosotros, hace poco, y que, en el exordio de esta obra, hace un análisis serio y hermoso de la obra de Juan Marín. Esta crónica es de sinceri-

dad completa. Jamás hemos estrechado la mano de Juan Marín. Lo hemos admirado desde su "Looping", hace ya más de quince años, lo hemos seguido a través de Egipto, de la India y de sus cuentos; a lo largo de sus mensajes y de sus recuerdos; lo acompañamos hace años, en una comida, silenciosamente, sin presentarnos; lo seguimos en esta última jornada literaria con la admiración de un simple espectador de teatro que mira la trayectoria del actor que hace temblar las lágrimas y alza el espíritu a alturas insospechadas, con emoción, con extrañeza, con gratitud.—*Roberto Sarah C.*



"PHILOSOPHIE DEL ENDLICHKEIT ALS SPIEGEL DER GEGENWART" (Filosofía de la Finitud como Espejo del presente"), por *Fritz Joachim von Rintelen*. Westkultur Verlag Anton Hain-Messenheim-Glan, 1951.

Filosofías de la finitud son las que se resisten a entrar por los caminos de lo trascendente y de Dios. En el siglo pasado lo fueron principalmente el positivismo y el naturalismo. En nuestros días representan esta tendencia todas las formas de existencialismo que se apartan del existencialismo cristiano, o sea, las del existencialismo ateo. Von Rintelen las examina detalladamente, sobre todo en las ideas de Heidegger y Jaspers, las relaciona con las de Sartre y para completar el cuadro de la desolación espiritual de nuestra época aprovecha en abundancia las intuiciones de poetas como Rilke y Hölderlín, en muchas partes aducidos por el propio Heidegger.

Von Rintelen muestra con ardimiento la insuficiencia de las filosofías de la finitud, muestra, en contra del existencialismo, cómo no es una condenación necesaria e inevitable del hombre la de vivir en la angustia, sino que su lote es también la alegría, que es más fecunda.